

El EVANGELIO

y el

HOMBRE NATURAL

Gálatas 1.9
Martyn Lloyd-Jones



“Cuando Eliseo el varón de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestidos, envió a decir al rey: ¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel [...]. Él entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio. Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él, y dijo: He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo. Mas él dijo: Vive Jehová, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré. Y le instaba a que aceptara alguna cosa, pero él no quiso.” —2 Reyes 5:8–16

Consideramos esta historia el pasado domingo por la noche de forma general; es una gran ilustración del evangelio cristiano, del mensaje cristiano. «¿Qué?—dice alguien—. ¿En el Antiguo Testamento?». Ciertamente. Es el mismo Dios el del Antiguo

Testamento que el del Nuevo. Este Libro es uno solo. Lo denominamos Antiguo Testamento y Nuevo Testamento, pero es un solo libro. Algunas personas dicen que es una biblioteca, pero esa es una terrible falacia. No es una biblioteca, es un solo libro con sesenta y seis secciones, pero un solo libro, dado que hay un solo tema, un solo mensaje. Ese mensaje es acerca de lo que Dios ha hecho con respecto al hombre pecador. Ese es el único mensaje de la Biblia de principio a fin. Es un Libro acerca de la vida: un retrato del hombre en su amargura como resultado del pecado, de sus intentos de liberarse y de su completo fracaso. Junto a ese tema tenemos la revelación de lo que Dios ha hecho por el hombre en su desesperada angustia y de cómo ha creado un camino de redención por medio de su Hijo unigénito. Ese es el mensaje de toda la Biblia. En el Antiguo Testamento hay profecías de la redención y anuncios de ella por medio de ilustraciones e imágenes. Todo señala hacia ella. En los Evangelios tenemos el acontecimiento en sí. Luego, en el resto del Nuevo Testamento tenemos un análisis adicional y la explicación, mirando hacia atrás. El asunto es el mismo, porque Dios trata al hombre de la misma forma en todas las épocas. En este segundo libro de Reyes, pues, tenemos un perfecto retrato del hombre en su necesidad y pecado y de cómo trata Dios a una persona así.

El domingo pasado lo tratamos en general. Vimos cómo el pecado es lo que arruina y estropea la vida. Toda infelicidad en el corazón humano en este preciso momento se debe al pecado. Si el pecado no hubiera entrado en este mundo, nadie sería infeliz; no había infelicidad en la vida hasta que llegó el pecado. El pecado lo estropea todo. Nadie es perfectamente feliz, siempre falta algo. «Si tan solo...», decimos. Sí, pero siempre decimos «si tan solo...». El pecado es la causa de todo eso. Naamán era un gran hombre de gran valor, pero era leproso y eso lo estropeaba todo.

Luego vimos cómo los grandes del mundo no podían hacer nada para remediarlo. Los reyes eran completamente impotentes, como todos sus grandes hombres. El mundo no puede hacer nada con respecto al pecado. ¿Es esa una aseveración demasiado drástica? No, la historia de la civilización lo demuestra. La historia de la civilización es la historia del intento del hombre de liberarse. Pero no puede. La lepra es una

enfermedad demasiado atroz, el pecado es un problema demasiado profundo para la capacidad e ingenuidad del hombre.

Luego, la tercera cuestión era que el mundo está demasiado ciego y desconoce el remedio, aun a pesar de que este está ahí. Esta humilde sierva sabía dónde debía ir Naamán: «Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra». Ella y nadie más lo sabía. El remedio estaba ahí, pero Naamán, su esposa y los reyes de Siria e Israel lo desconocían por completo. El mundo siempre está buscando en todas las direcciones excepto en la que se encuentra el remedio. No sabe nada de él, lo desestima considerándolo insignificante y sin valor, y se ríe de él.

Mi último punto era este: El propósito de la Iglesia cristiana, como el de la sierva de la casa de Naamán el sirio, es señalar el remedio, y el único remedio: «Profeta en Israel». Sí, e Isaac Watts dice mirando al Señor Jesucristo: «¡Gran profeta de mi Dios!». ¡Lo es! Profeta, Sacerdote y Rey. Él es el remedio. Él puede curar el pecado. Él puede tratarlo por medio de su sangre. Él proporciona una «doble cura», que limpia tanto la culpa del pecado como su poder.

Ese es el punto en que retomamos la historia nuevamente. Quizá pienses que no hay nada más que decir. Aquí hay un hombre desesperadamente enfermo de la lepra, se le habla de un remedio, recibe una carta de recomendación de su señor, grandes presentes, y se dirige a Israel, donde entrega la carta al rey. El rey la lee y no puede hacer nada al respecto, pero oyéndolo el profeta, dice: «Venga ahora a mí». Aquí está el mismo profeta del que hablaba la muchacha, el profeta Eliseo. «Bien —dices—, ahora todo está bien, ella le dijo que solo tenía que ir al profeta y sería sanado. Ahora que Naamán ha llegado a la puerta del profeta, sin duda el problema está resuelto y se acaba la historia».

Por desgracia, la historia no ha terminado. Naamán llegó al profeta que podía sanarle pero estuvo a punto de regresar a su casa con su lepra. ¿Por qué? Ah, porque había ciertas cosas en él que seguían siendo erróneas. Este hombre no solo padecía lepra, sino también otras cosas que le privaban del remedio. El mundo sigue siendo así. Aquí,

en este Libro hay un mensaje que resolvería todos los problemas de la raza humana esta misma noche. No dudo en decirlo. Si todo el mundo esta noche viviera el Sermón del Monte no quedaría problema alguno. No habría necesidad de amontonar armamento y fabricar bombas, y no sería preciso que las personas perdieran el tiempo protestando contra ellas. No habría guerra. No habría falta de honradez, ni inmoralidad, ni separaciones, ni divorcios: ¡si todo el mundo guardara los Diez mandamientos y el Sermón del Monte! O expresémoslo así: Si todo el mundo creyera esta noche en el Señor Jesucristo y estuviera vinculado a su poder, no quedaría problema alguno. Aquí está la respuesta, aquí está lo único que necesita el alma y, sin embargo, a pesar de que está aquí, a pesar de que Eliseo estaba en su casa, el mundo prosigue en su lepra, su pecado y su infelicidad. ¿A qué se debe? Veremos cuál es el motivo exactamente. El resto de la historia nos muestra las dificultades que había que superar antes de que Naamán pudiera sanar, y al hacerlo revela algunos de los principios más esenciales con respecto a este mensaje del evangelio.

Consideremos a Naamán tropezando justo en el momento en que iba a ser sanado. Casi perdió la bendición. ¿Por qué? Porque hay ciertas cosas de este evangelio que el hombre natural detesta, como las detestaba Naamán, y debido a que odiaba estas cosas se retiró muy enojado y casi se marchó a su casa. De no ser por los ruegos de sus siervos se habría marchado a casa enfurecido y siendo aún leproso. El problema, afirmo, es el siguiente: hay cosas del evangelio de Jesucristo que el hombre natural detesta y por eso no se dirige a él, por eso no le cura, por eso no se regocija como debiera y como podría esta noche, a pesar de todo lo que sucede a su alrededor.

Considerémoslo, y especialmente a la luz del comentario acerca de ello que leí previamente en 1 Corintios 2. Ahí lo tenemos en su forma doctrinal; aquí, en 2 Reyes 5, lo tenemos de manera gráfica. Una imagen como esta sirve de ayuda, por lo que consideremos lo que nos dice Pablo en 1 Corintios 2 en términos de lo que Naamán hizo en la práctica tanto tiempo atrás. Lo primero que encontramos es lo siguiente: El hombre natural detesta el evangelio porque hiere y humilla su orgullo. Eso es lo primero. ¿Recordamos cómo lo expresa la historia? Naamán llega con sus regalos, su

dinero y sus ropas y todo lo demás, va con su carruaje y sus caballos a la puerta de la casa de Eliseo. Ahí está: los caballos, el carruaje, los regatos, su séquito, todos ante la puerta del humilde profeta. Luego leemos: «Entonces Eliseo le envió un mensajero, diciendo: Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio». Había ido allí a fin de curarse, ¿no era así? Bien, esa era la forma de curarse, dice Eliseo. «Y Naamán se fue enojado, diciendo: He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra. Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado». Gran parte de lo que encontramos en 1 Corintios 2 está en esas palabras.

El orgullo de Naamán estaba herido, había sido humillado, se sentía humillado. Porque él era un gran hombre, un gran capitán, cercano al rey de su propio país. Después de todo, había venido con una carta de recomendación, había ido al rey de Israel, y ahora viene a este humilde profeta; sin duda —pensó— recibiría un trato especial o, al menos, se le trataría con la cortesía habitual. Un hombre de su posición no podía ser tratado de esa forma, con un simple mensaje verbal; ¿por qué no había venido el profeta a él y se había inclinado ante él para expresar su satisfacción por ver a un hombre de su importancia? ¿Por qué no había alzado su mano y tocado el lugar, y sanado la lepra? ¡Nada de eso, Eliseo ni siquiera lo ve! Naamán fue insultado, humillado, esto era algo que no podía soportar, sin lepra o con ella. En lugar de recibir un trato muy especial debido a que era un gran hombre, descubrió para su disgusto y enojo que era tratado como cualquier otro, como si fuera un hombre vulgar como todos los hombres vulgares. Le disgustó, no lo soportaba, se enfureció, estaba enojado, eso era insultante, era completamente imposible; y por tanto se marchó airado.

Naamán no fue el último en hacerlo, ¿sabes? Hay muchas personas en esta congregación que se encuentran en esa misma situación en este mismo momento. «¿Qué quieres decir?», pregunta alguien. Me refiero a esto. Las personas se ofenden

ante la primera declaración del evangelio, que es que no se reconocen divisiones ni distinciones en la casa de Dios. No importa lo que seas fuera de este edificio, cuando entras aquí eres exactamente igual que todos los demás. Por cierto, ese es el motivo por que pertenezco a la Iglesia Libre. En la Iglesia de Dios no hay una cabeza humana. Solo hay un rey en la Iglesia, es el Rey Jesús. Aquí no hay distinciones ni divisiones. Pero eso no nos gusta, vivimos con esas cosas, estamos muy acostumbrados a ellas, y cuando nos enfrentamos a esto que es completamente opuesto a todo lo que creíamos y en lo que nos gloriábamos, nos echamos atrás, nos sentimos tristes y enojados. En la Iglesia de Dios no hay distinciones ni divisiones por cuestiones de nacimiento o trasfondo, raza o categoría social; todo ello es completamente irrelevante. Paralelamente, en la casa de Dios no hay divisiones ni distinciones o categorías especiales debido al intelecto. Puedes ser el genio más grande del mundo; no importa, cuando vienes aquí eres como todos los demás, estás en la misma situación que el más grande de los necios en el plano intelectual. Puedes ser alguien muy erudito y con grandes conocimientos, pero no supone la más mínima diferencia cuando atraviesas esa puerta, no te proporciona nada. Entras exactamente igual que si no conocieras nada, exactamente en la posición del ignorante más absoluto. De la misma forma, no hay distinciones en función del comportamiento moral de uno y su conducta en el pasado. Puedes ser un dechado de virtudes, pero no te servirá de nada aquí, te enojará escuchar este evangelio porque te dirá que toda tu justicia es trapo de inmundicia y que estás exactamente en la misma situación que el pecador más disoluto que acaba de llegar de la calle. ¡No hay diferencia alguna! Ese es el mensaje del evangelio cristiano. Aquí no hay casos especiales, y eso es lo que tanto enfurece, por eso les disgusta a las personas y se enojan. No hay casos especiales. Ninguno en absoluto.

Te diré otra cosa: desde la perspectiva del evangelio no supone diferencia alguna el siglo en que vivas. Este es un aspecto particularmente difícil para el hombre moderno. «Vaya —dice—, ¿quiere decir que nosotros que nos encontramos en el siglo XX estamos en la misma posición que las personas del siglo I?». Absolutamente: no hay diferencia alguna en absoluto. «Pero, estimado señor —dice alguien—, mire todo lo

que ellos desconocían, mire lo que sabemos, mire todo nuestro avance y progreso en el conocimiento». Mi respuesta es: no supone la más mínima diferencia, estás aún en la misma situación que Naamán, que vivió siglos antes de Cristo. No hay diferencia alguna en absoluto.

Antes de continuar lo expresaré en términos de un incidente que experimenté y que creo que te ayudará a recordarlo. Fue un privilegio para mí que, en torno a 1941, me pidieran participar en una campaña universitaria en Oxford. Como uno de los tres ponentes, tuve que predicar en la iglesia de Sta. María en Oxford un domingo por la noche, y se anunció que inmediatamente después del culto habría una reunión para hacer preguntas en la antigua rectoría. En esta reunión para preguntar, repleta de estudiantes, me llamó la atención un joven de aspecto inteligente sentado en las primeras filas, y cuando llegó el momento de las preguntas fue el primero en intervenir. Nos dijo que era el número uno de la Union Debating Society y ciertamente habló con la brillantez de un inveterado polemista. Primero hizo algunos cumplidos al predicador —eso forma parte del juego— y luego pasó a decir lo mucho que le habían atraído algunas partes de lo que había escuchado. «¿Pero sabe? —dijo—. Hay algo que me parece desvirtuar el sermón. Reconozco la lógica y los argumentos de todo el discurso, pero no veo motivo alguno por el que ese sermón, ese mismo sermón, no podía haberse predicado a unos agricultores de Oxfordshire». Esa era la pregunta y el presidente me invitó a responder. Solo podía decir una cosa. Confesé abiertamente que hasta ese momento siempre había sido de la idea de que aun los estudiantes de la universidad de Oxford eran seres humanos de barro como todos los demás, y que desde la perspectiva del evangelio no hay diferencia alguna entre el estudiante brillante y aquel que denominaba agricultor. Esto es lo que dice el propio evangelio: «No hay justo, ni aun uno [...] por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:10, 23); «todo el mundo» es culpable ante Dios. Sí, y predicaría el mismo sermón a unos agricultores porque, cuando estás cara a cara ante estas cosas, no hay diferencia alguna entre uno y otro.

Tomemos esta cuestión del intelecto, de qué valor tiene el intelecto del hombre al tratar con Dios. Dios es infinito, Dios es eterno, Dios es inmortal, Dios es absoluto en todas sus cualidades. Sé que la mente es algo bueno y que el intelecto es valioso al examinar este mundo y para el conocimiento humano, la ciencia, el arte y todo lo demás. En esos terrenos la capacidad cuenta. Pero, querido amigo, estás ante Dios, el absoluto y eterno, ¿y qué valor tiene el mayor intelecto que haya conocido el mundo? Es tan inútil como el más grande de los ignorantes. Que un hombre enfrente su intelecto a Dios muestra solamente que, en un sentido, hay algo erróneo en su intelecto, no es capaz de pensar cabalmente. Si pensara de manera cabal diría: «Quién soy yo para abarcar la mente de Dios, si lo hiciera sería tan grande como Dios». Eso es lo que el hombre intenta hacer, y cuando se le dice que su gran intelecto no tiene valor alguno aquí, se ofende tal como hizo Naamán, y lo mismo sucede con todo lo demás.

El pecado no es un problema intelectual, es un problema moral. Y el problema de todos y cada uno de nosotros en este mundo es un problema moral, no intelectual. No me importa lo grande que sea tu intelecto, no me importa lo alta que sea tu alcurnia; solo eres un pecador desesperado como todos nosotros, eres una criatura con celos y envidia, con pasión, lascivia y deseo, eres impuro, ¡tienes lepra en el alma! No me importa qué ni quién seas. ¿De qué sirve hablarme de tus grandes cualidades mientras seas un leproso? Ese es tu problema: ¡no conoces a Dios, haces el mal, eres indigno, eres impuro! Por ahí comienza el evangelio. Eliseo no descendió a recibir a Naamán para darle un trato y una atención especiales. ¡Por supuesto que no! Naamán solo era un leproso como cualquier otro leproso, ¿por qué había de recibir un trato de favor? Lo que necesitaba era que le curaran la lepra y el profeta le dijo cómo debía hacerlo. Debía dejar todo lo demás a un lado, ¡nada más importa a un hombre en pecado ante Dios! Tu intelecto y todas las demás distinciones no suponen la menor diferencia.

Permítaseme apresurarme al segundo punto: El evangelio nos enoja y lo detestamos por naturaleza porque muestra que todos nuestros pensamientos e ideas acerca de

la salvación son erróneos. Todo lo que hemos pensado es erróneo, completamente erróneo. ¿Podemos advertirlo aquí en el caso de Naamán? Escuchémosle. En realidad se traiciona a sí mismo: «Y Naamán se fue enojado, diciendo (escuchemos ahora a Naamán expresando su idea de cómo se salva un hombre): He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra». Si es cuestión de lavarse en un río, «Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel?—este pobre país y su Jordán—. Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado». Esa era la idea de Naamán de cómo debía suceder. Su rey era culpable del mismo error; envió un gran presente junto con Naamán. «Salió, pues, él, llevando consigo diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de vestidos. Tomó también cartas para el rey de Israel». Lo mismo sucede al final, aun después de ser sanado Naamán sigue teniendo la misma idea equivocada. «Y volvió al varón de Dios [...] y dijo: He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo». Eliseo replicó: «Vive Jehová, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré». Naamán le conminó a aceptar un presente, pero él se negó. Naamán no podía entenderlo, porque todas sus ideas acerca de la salvación eran completamente erróneas y ese sigue siendo el problema del hombre natural. Eliseo hizo algo completamente distinto de lo que Naamán esperaba.

No quiero detenerme en esto, pero ahí es donde entra la absoluta necedad del pecado. No hay nada más necio y estúpido en el mundo que el pecado y la incredulidad. Consideremos a este hombre, Naamán. Aquí lo tenemos, leproso, no puede sanarse a sí mismo; los médicos, sabios y astrólogos no pueden sanarle, su rey no puede sanarle, el rey de Israel no puede sanarle y, sin embargo, qué necio, no se le puede llamar de otra forma; a pesar de su desesperanza e impotencia como leproso y de que nadie puede hacer nada por él, es lo suficientemente necio como para criticar la actuación de Eliseo, discutir con él y exponer sus objeciones y protestas. ¿Qué se puede decir de ese hombre sino que es un necio y un loco?

Para empezar, es evidente que no sabía nada. Si hubiera sabido algo sobre la cura de la lepra, jamás habría ido a la puerta de Eliseo. Fue debido a que no sabía qué hacer, y a que nadie más lo sabía, que se encontró a la puerta de Eliseo; y, sin embargo, ahí está el necio, discutiendo lo que dice Eliseo, criticándolo: «¿Es eso correcto, es esto correcto? Si es cuestión de lavarse, ¿por qué no puedo ir al Abana y al Farfar, por qué a este Jordán? ¿Por qué no viene y pone su mano ...?». Habla como si lo supiera todo al respecto y, sin embargo, no sabe nada. ¿No te parece obvio, querido amigo? ¿Puedes curar el pecado? ¿Puedes librarte de él, de la herida abierta en tu alma? ¿Eres completamente feliz, estás completamente satisfecho? ¿Has encontrado el camino por medio de tu filosofía, no importa cuál sea? Por supuesto que no, de otra forma no estarías aquí en este culto en este momento. Entonces, te digo: no seas un necio como Naamán; si eres un fracaso, y un terrible fracaso ante eso, ¿quién eres para criticar el camino del evangelio? ¿Por qué presentar tus ideas y teorías? ¿Por qué decir: «No, no lo apruebo»? Mira, ese fue el motivo por que los judíos rechazaron a Cristo cuando vino al mundo aunque era su propio Mesías. Dijeron: «¿No es este el hombre que se pasa el tiempo predicando en Galilea a un puñado de pobres? El Mesías es alguien que reunirá un ejército y vencerá a Roma y se erigirá como rey en Jerusalén, elevará a la nación por encima de todas las demás y vencerá al mundo, ese es el Mesías». ¡Su idea de Mesías! Debido a que esta no era la idea de Mesías que tenía Cristo, debido a que él no se ajustaba a ella, le odiaron y los fariseos, escribas y saduceos conspiraron contra él y le mataron. ¡Ay, la locura y la tragedia de todo ello! Y las personas, que son miserables pecadoras, siguen diciendo lo mismo. Dicen: «No veo por qué únicamente vivir una vida buena no es suficiente, no veo por qué esto y aquello», y así se marchan enfurecidos. «Abana y Farfar son mejores que el Jordán». A pesar de que son tristes fracasos, a pesar de que son pecadores, tienen el cinismo y la necesidad de criticar el camino de salvación que Dios ha enviado al mundo. ¿No es una locura? Pero por eso les enoja, igual que Naamán estaba enojado. Las palabras de Eliseo echaron por tierra inmediatamente todas sus ideas. Nada había ocurrido según su plan y patrón, según sus ideas; y sin embargo, se aferra a ellas, discute y cuestiona, y sigue siendo un leproso. ¡Por supuesto! Lo primero que todos debemos aprender es que todo lo que

hemos pensado acerca del cristianismo está completamente equivocado. Pensábamos que nacer en un país cristiano nos hacía cristianos; hablábamos de «naciones paganas»: «Esta es una nación cristiana, fui criado en un hogar cristiano, siempre he creído en Dios, siempre he sido cristiano, siempre he ido al lugar de adoración, siempre he hecho el bien, nunca he hecho ... ¡por supuesto que soy cristiano!». Lo primero que hace el Espíritu Santo es condenarnos y mostrarnos el trágico error que es todo esto. ¡El cristianismo no es eso! Ese es el mayor obstáculo para el cristianismo y es preciso deshacerse de él. Eliseo vio que había que hacerlo; conocía a aquel hombre, conocía sus pensamientos, los echó por tierra y Naamán se enfureció. El evangelio sigue haciéndolo. Dios lo hace.

El siguiente punto es este: El evangelio enoja al hombre natural y le hace odiarlo porque le propone un camino que le parece completamente ridículo y despreciable. No solamente aplasta lo que pensábamos e imaginábamos que iba a hacer y todo eso queda destruido, sino que cuando nos muestra su propio camino es aún más irritante. ¿Sabes?, parezco duro con este hombre, Naamán, pero me da mucha pena porque le entiendo muy bien. Yo he estado en la situación de Naamán como todos los demás, pero quisiera mostrar lo ridícula que es esta situación. Aquí está. Ha venido con su carta de recomendación; su carroza, sus caballos, su séquito, sus seguidores, siervos, dinero, ropas, todas estas cosas, y lo único que sucede es que este profeta le envía un mensajero, ni siquiera viene a verle, un simple mensajero que le dice: «Ve y lávate siete veces en el Jordán». Esa es la gota que colma el vaso. Bastante es ya que no venga a verle y haga esto y aquello, ¡pero el Jordán cuando ya conoce Abana y Farfar! ¡Es insultante, es completamente ridículo! Sí, lo que el evangelio nos dice a todos nosotros es sumamente mortificante para el hombre natural; le parece algo completamente insultante y humillante porque no viene a nosotros diciéndonos que únicamente tenemos que vivir una vida buena y que solo tenemos que mirar al Señor Jesucristo y ver su ejemplo perfecto y luego seguirle, practicando la imitación de Cristo. Todos estamos dispuestos a ir e imitar a Cristo, utilizando nuestras fuerzas, sacrificándonos, haciendo cosas maravillosas. «Esto es cristianismo —decimos—, esto está bien: ¡la imitación de Cristo!». No, dice el evangelio, no es así en absoluto. Dios

no nos invita a imitar a Cristo, a intentar poner en práctica su enseñanza, con la promesa de recompensarnos librándonos del pecado. ¡No, no! ¡No es eso en absoluto! El mensaje no es mirar a «Jesús» (como le llaman), como el gran ejemplo moral, el gran maestro; es a mirar al patíbulo, a un hombre con una corona de espinas sobre su frente y con expresión de dolor en su rostro, clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»: a un hombre muriendo en aparente debilidad, cuyo cuerpo es sepultado en un sepulcro con una gran piedra en la entrada. Eso es lo que se nos pide que miremos: ¡A Jesucristo y Jesucristo crucificado! El evangelio dice que es el camino de la salvación; que es el camino para librarnos de nuestro pecado y de nuestro problema; que es el camino para alcanzar la plenitud y la felicidad: Ve al Calvario. Mira a Cristo muriendo en la cruz, comprende lo que estaba sucediendo, lo que significa: que estaba cargando con tus pecados sobre su cuerpo, que tus pecados estaban siendo castigados en él, que Dios ha puesto tu iniquidad sobre él y la ha tratado allí. Esto es todo; no tenemos que hacer otra cosa que admitir nuestro pecado, arrepentirnos, confesarlo todo y entonces creer sencillamente que Cristo, el Hijo de Dios, ha muerto por nosotros y nuestros pecados; y si lo haces te salvarás de inmediato.

«¿Qué?—dice el hombre—. ¿Solo eso? ¡Es algo monstruoso! ¿No tengo que salir del culto y decidir ser mejor y participar en un cursillo de instrucción sobre cómo tomarse en serio el cristianismo, leer libros, intentar hacer buenas obras y entonces ...?». No, lo único que debes hacer es mirar a la cruz y ver al Hijo de Dios muriendo y decir: «Creo en ese mensaje, creo lo que me estás diciendo que crea, que es el Hijo de Dios, que ha muerto por mí y por mis pecados y que recibo el perdón de inmediato, me convierto inmediatamente en hijo de Dios, me convierto en cristiano, el Espíritu pone vida en mí». Solo eso, nada más. Ningún programa, ningún tratamiento de larga duración, nada en absoluto, solo eso. «Vaya —dice alguno—, eso está bien para algunos ignorantes del East End londinense o para niños y mujeres, ¿pero no sabes que me he pasado la vida leyendo filosofía, que he invertido mi tiempo estudiando sociología, que estoy haciendo buenas obras, que estoy batallando con grandes ideas y sondeando los misterios? Me estás insultando, esto es infantil, es ridículamente

simple, es inmoral; pedirme que diga que hubo alguien que murió por mí y que otro puede llevar mis pecados; sin duda el hombre debe salvarse por medio de una vida buena».

¿No es eso lo que has estado diciendo acerca de este evangelio? Dices: «Si eso es el evangelio, ¿qué sentido tiene mi educación y mis conocimientos, qué valor tiene toda mi moralidad y todo lo que he estado intentando hacer durante años? Parece como si dijeras que carece de valor alguno, que simplemente tengo que creer, algo que puede hacer un niño». La respuesta es: Sí, un niño puede hacerlo. Porque lo que aquí obra es el poder de Dios y no postula nada en nosotros sino nuestra necesidad, nuestra pobreza, nuestra amargura, nuestra desesperanza, nuestra completa impotencia. Venimos tal como somos:

*Tal como soy, sin más decir
que a otro yo no puedo ir.*

*Y tú me invitas a venir,
bendito Cristo, heme aquí.*

Tan desamparados como un niño, lo más sencillo del mundo. Eso es lo que dice el evangelio. Ese es el mensaje que envió Eliseo a Naamán hace tanto tiempo. Simplemente ve y báñate siete veces en el río Jordán y serás sanado, te librarás de tu lepra. Naamán estaba furioso y el hombre natural sigue oponiéndose a ello. ¿Se puede advertir cómo lo expresa Pablo? «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Corintios 2:14). ¿Por qué? «Porque para él son locura», y como ya ha dicho a aquellos cristianos en el capítulo 1: «Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura» (1 Corintios 1:23). «¿Qué?—dijeron los griegos—.¿Pedir a nuestros grandes filósofos que crean que un carpintero de Nazaret que murió en la cruz es el Salvador del mundo y que no tenemos que hacer otra cosa sino creer en él y someternos a él? ¡Es completamente absurdo! ¿Dónde está nuestro entendimiento, dónde está nuestra filosofía?». Por eso lo rechazaron. Los príncipes de este mundo no conocieron la

sabiduría de Dios, «porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria» (1 Corintios 2:8). El método del evangelio parece insultante y pueril. Queremos hacer algo grande, como quería aquel hombre.

El evangelio insiste en que este es el único camino, no hay ningún otro. «¿Pero y el budismo, el islamismo, el hinduismo o el confucianismo?». Solo hay una respuesta para eso: no son el camino. Solo hay un camino. Naamán había intentado todo lo demás pero no le había llevado a ninguna parte, todo había fallado, y todo lo demás falla esta noche. Este es el camino de Dios, es el Hijo unigénito de Dios, Jesús de Nazaret, él es el Salvador del mundo. «No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). «Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo» (1 Corintios 3:11). «Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1 Corintios 2:2). Jamás encontrarás otro camino. Sigue tu filosofía, sigue otras religiones, nunca hallarás paz y descanso. Solo aquí está el remedio. No hay otra alternativa. Si Naamán se hubiera marchado airado y enojado y hubiera vuelto a Siria, habría vuelto como leproso, y la lepra se habría extendido por todo su cuerpo hasta matarle.

Gálatas 1.9

Puede que rechaces este evangelio, pero si lo haces seguirás siendo un leproso moral, seguirás siendo un pecador, y cuando mueras —porque es el pecado quien introdujo la muerte y sigue causándola—, serás condenado ante Dios. Seguirás siendo un leproso moral y pecaminoso en toda la eternidad, sin esperanza, sin remisión, sin nada que te alegre. Dios ha enviado a este mundo a su único Hijo, a su Hijo unigénito, por nosotros los hombres y para nuestra salvación, y la única forma en que podía hacerlo era morir por nosotros. Por ese motivo murió; no había alternativa, no había otro modo:

*No había otro capaz
de pagar el precio del pecado;
solo él podía correr los cerrojos*

del Cielo y abrírnos el paso.

Querido amigo, permítaseme adoptar el papel de los siervos de Naamán que, viéndole alejarse de Eliseo y volver a su casa enfurecido, fueron a él y le dijeron: «Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?». ¿Puedo rogártelo del mismo modo? ¿No es una necedad rechazar este evangelio porque es sencillo, porque puede salvar a un hombre que no ha recibido educación alguna en el corazón de Africa, o a un hombre que fue caníbal? ¿Es racional rechazarlo porque puede salvarle a él como a ti? ¿Tiene sentido criticarlo e imponer nuestras ideas cuando ya sabemos que hemos fracasado, que no podemos sanarnos a nosotros mismos y que el pecado nos está derrotando? La cuestión importante es la siguiente: ¿Este evangelio cura? Bien, inténtalo y verás que sí. Tendrás la misma experiencia a la que llegó Naamán. Escuchó el argumento, vio lo razonable que era y «entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios». Le costó, no fue fácil. Por supuesto que no lo fue. Todos hemos pasado por eso. Pero «su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio». Cree con toda sencillez en el Señor Jesucristo y serás salvo. Confiesa a Dios tus pecados en este mismo momento, en esta reunión, confiesa tu incapacidad, confiesa tu arrogancia y tu necedad. Dile: «No entiendo, pero he oído el mensaje, creeré, creo en él. Me arrepiento, lo reconozco, ‘creo; ayuda mi incredulidad’, creo que Jesús es el Hijo de Dios y que murió por mí. Oh Señor, ten piedad de mí, ilumíname por tu Espíritu y dame entendimiento». Dile eso y te aseguro que te perdonará, que tus pecados serán barridos como una espesa nube, que recibirás nueva vida, nueva naturaleza, te convertirás en hijo de Dios, el Espíritu de Dios entrará en ti.

Pablo, al escribir a aquellos corintios en el capítulo 3 de la Epístola dice: «Si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio». «Hágase ignorante» significa admitir que nuestro intelecto no tiene valor

alguno en absoluto y que todo lo que tenemos carece de valor; debemos admitirlo. O permítaseme expresarlo en palabras de Horacio Bonar:

Escuché la voz de Jesús decir:

*«Mira, con gratuidad te doy
[Sin que hagas nada]
el agua viva; a ti, sediento,
inclínate, bebe y vive hoy».*

El agua está en una fuente y no puedes beberla sin inclinarte. Debes inclinarte: tu intelecto, tu moralidad, tu religión, todo debe inclinarse. «Inclínate»: agacha tu rostro, deja que tus labios toquen el agua y empezarás a beber, y la vida brotará en ti:

*Inclínate, bebe y vive hoy.
Vine a Jesús, y bebí
de aquella fuente viva.
Mi sed fue aplacada, mi alma avivada,
y ahora en él tengo vida.*

La lepra de Naamán fue curada, su piel fue restablecida, quedó limpio. Puedes ser limpiado de la culpa de tus pecados. Puedes ser limpiado del poder y la contaminación de tus pecados, y comenzará en ti un proceso que terminará en tu perfección en la gloria en presencia de Dios. ¡Inclínate, sométete a su camino, obedécele! Inclínate, bebe y obtén la vida que es verdaderamente vida, vida eterna.